

5. SON UNOS MUERTOS (VIVIENTES)



Hay una isla del Caribe que no tiene ni la mística fitotoxicomusical de Jamaica ni la gloria revolucionaria de Cuba. Es el primer pedazo de tierra americana que pisaron pies españoles (o italianos, en realidad, si es que Colón fue el primero en bajar de la Santa María). Cristóbal la bautizó en 1492 Isla Española, en un acto creativo con menor vuelo que su viaje transatlántico.

Por esas cosas del colonialismo, la isla quedó dividida en dos: una parte española *itself* (hoy República Dominicana) y una parte francesa (hoy Haití). Sobre la selección de este último país vamos a hablar en este capítulo.

Haití tiene una larga tradición en problemas: desde la sangrienta dictadura de la familia Duvalier hasta el terremoto de 2010, pasando por su extrema pobreza y los huracanes que lo azotan. Es más, podría decirse que no juega en el equipo de las Islas Paradisíacas, sino más bien el de las Islas Malditas.

Parte de esa mística oscura es la popular práctica del vudú (no

confundir con el budismo). El vudú, en su versión internacional, recordemos, es tomar un muñeco y pincharlo con alfileres. La consecuencia de eso es que la persona real representada por el muñeco sufre esos pinchazos en su cuerpo. Una variable sin tanta metáfora y omitiendo el muñeco intermediario fue aplicada por Bilardo y Pachamé en el legendario Estudiantes de La Plata de los 60.

El vudú, en su versión haitiana, viene con una serie de *upgrades* pesados, entre los que se destaca el poder resucitar a los muertos. En realidad, estrictamente hablando, se lleva a una persona a un estado de no-vida.

Pero no todo es magia negra y catástrofe en Haití. También está la alegría del fútbol.

La dificultad de armar una selección en Haití viene de los problemas mencionados antes. Cuando no es una familia de dictadores degollando gente bajo el simpático nombre de Tonton Macoutes, es un terremoto o el SIDA. O las tres cosas juntas, ¿por qué no? Encima, de vecinos tienen que soportar a los dominicanos, que se la pasan jugando al baseball y escuchando bachata.

Sin embargo, las fuerzas oscuras son una fuerza como cualquier otra y la selección de Haití tuvo su momento de gloria a comienzos de la década del 70, contemporáneos de la Naranja Mecánica.

En 1957 François Duvalier, conocido como Papa Doc, tomó el poder y, cual Betito Carranza yendo por la raya, no lo largó hasta 1971. En esos años logró muchas cosas: entre ellas, degollar a todos los que se oponían a su política. Cuando no hubo más cuellos que cortar, se dio cuenta de que estaba viejo y que no

había conseguido nada a nivel futbolístico, que es el verdadero sentido de la vida. Ahí es que entra en escena su hijo, Jean Claude Duvalier, quien se hacía llamar Baby Doc, pero que la gente llamaba por lo bajo Baby TXT.

Baby Doc decide que quiere ir a un mundial. Es así que logra que el torneo de la CONCACAF clasificatorio para Alemania 74 se juegue en Puerto Príncipe a cambio de prometerles la vida eterna a los viejos de la FIFA.

Su padre, diez años antes, ya había prohibido las transferencias al exterior, así que los pocos jugadores más o menos buenos que salían sólo podían jugar en Haití o morir. Cualquiera fuese la elección, podían ser parte de la selección y el equipo se terminó armando.

Las malas lenguas dicen que esa clasificación estuvo arreglada. “Justamente por cosas como estas es que nosotros cortábamos las lenguas a los opositores” – contraargumentaba un vocero del régimen.

Lo cierto es que Haití debutó con un 3 a 0 a las Antillas Holandesas y sigue con victorias frente a Trinidad y Tobago, Honduras y Guatemala. En la última fecha, se dan el lujo de perder con México y clasificar igual a su primer y único mundial.

Del partido contra Trinidad y Tobago, el delantero trinitense Steve David (goleador y llorón del campeonato) dijo: “Está claro que todo fue muy oscuro”. Su argumento es que el árbitro Henriquez de El Salvador, les anuló cuatro goles. “A llorar al cementerio” —le contestó Baby TXT, con un machete en la mano.

Ya dentro del mundial, el sorteo los pone compartiendo zona con Italia, Polonia y la Argentina de Quique Wolff. La mayor parte de los jugadores haitianos viajan por primera vez fuera de la isla y no pueden creer la cantidad de gente no-zombie que habita el mundo. Uno de ellos, el gracioso del grupo, baja primero del avión y bautiza Voodoo Island a la República Federal Alemana, entre risas de las azafatas que ladean sus cabezas, como diciendo “¡Qué negritos encantadores!”.

Llegados a este punto, la gran pregunta era cuál sería el desempeño del equipo haitiano, lejos del poder sanguinario y el apoyo de la hinchada zombie. Respuesta: perdieron los tres partidos (¡incluso contra Argentina!).

Quique Wolff recuerda: “Me venía a encarar el 9 de ellos, con los brazos extendidos y diciendo ‘cerebro, cerebro’ y yo lo miraba y le decía ‘¿Qué cerebro, el boliche de Bariloche?’”.

Pero quien recuerda la selección haitiana con placer es el legendario arquero italiano Dino Zoff, que llevaba invicto 1142 minutos en partidos internacionales hasta que ese mismo 9 que recordaba Wolff se la mandó a guardar. “Pusimos el cattenaccio y estos negros de mierda nos rompieron la cadena” —declaraba el hombre nacido en el norte de Italia.

Días más tarde, la selección voodoo escribiría su nombre en la Historia otra vez: Ernst Jean Joseph toma un “remedio para el asma” que le da positivo en un control, siendo el primer caso de doping en mundiales. Los delegados del gobierno de Duvalier que estaban en Alemania lo agarran de los pelos, lo azotan delante de toda la prensa y se lo llevan para Haití. “Es para que se recupere del broncoespasmo, acá hay mucha humedad” —decían mientras le medían el cuello.

Esa noche los jugadores no duermen ya que padecen el Síndrome de Mancuello (imágenes de muertos vivos degollados que juegan al fútbol). Al otro día, los polacos de Lato les ganan 7 a 0. “Esto es el triunfo del catolicismo versus las fuerzas del mal. Ustedes tuvieron a Papa Doc, nosotros vamos a tener a Papa punto asterisco” —dijo eufórico la estrella polaca.

Nunca más pudo clasificar Haití a un mundial. Algunos dicen que el terremoto fue la manifestación de los millones de no-vivos que se agitan en sus tumbas, recordando la gloria pasada, al grito de “El que no salta es un vivo”.